

CARTA XII.

A JULIA.

*¿O que llama de honor y de gloria
Correr siento por todas mis venas,
Alma grande, contigo al hablar!*

DEJAME que aiente, Julia, tú haces que hierva mi sangre, que tiemble y palpite; tu carta arde como tu corazón en el santo amor de la virtud, y comunicas á lo interior del mío su celestial incendio. Pero ¿a que vienen tantas exhortaciones, donde solo ordenes se requerian? Cree que si de mí me olvido á punto de necesitar de razones para obrar bien, no será á lo menos de razones tuyas, y que tu voluntad sola me basta. ¿No sabes que siempre haré lo que tú quieras, y que obraría mal primero que desobedecerte? Si; hubiera abrasado el capitolio, si me lo hubieras mandado, porque te quiero mas que á todas las cosas. ¿Pero sabes porque te quiero tanto? Ah, incomparable niña, porque nada puedes tú querer que no sea bueno, y porque el amor de la virtud hace mas invencible el que á tu hermosura tengo.

Me voy alentando con el empeño que acabas de contraer, y cuyo subterfugio podias evitar, porque prometer que de nadie serás sin consentimiento mío, no es prometer que seras mía. Yo por mí, digo con mas libertad, y te doy aqui mi palabra de hombre de bien que nunca será quebrantada: no sé, en la carrera que por complacerte voy á empezar que suerte me destina la fortuna; pero nunca me unirán los vinculos del amor ni del himeneo con otra que con Julia de Etange; solo por ella aliento y vivo, y moriré libre ó esposo suyo. A Dios, que urge la hora, y me parto al instante.

CARTA XIII.

A JULIA.

ANOCHÉ llegué á Paris, y el que de tí no podía vivir separado dos calles, se halla ahora á más de cien leguas. O Julia, compadecete de mí, compadecete de tu sin ventura amigo. Cuando este inmenso camino le hubiera señalado mi

sangre vertida en copiosos arroyos, me nos largo me hubiera parecido, ni hubiera tanto sentido desmayar mi falliente animo. Ah! si supiera á lo menos el instante que ha de reunirnos, como sé la distancia que nos divide, compensaría el espacio por los progresos del tiempo, y á cada día que de mi vida corriera contaria los pasos que á tí me acercaban. Pero esta carrera dolorosa está cubierta con las tinieblas del tiempo por venir, y se esconde á mis flacos ojos la meta que ha de terminarla. ¡Oh duda, oh suplicio! te busca mi agitado corazón y nada encuentra; nace el sol y no me trae la esperanza de verte; se pone y no te he visto; vacíos de alegría y contento corren mis días en luenga noche. En vano me esfuerzo á alentar mis muertas esperanzas que solo inciertos recursos y sospechosos consuelos me presentan. Amiga querida y tierna de mi corazón, ¡ay! que males me esperan si con mis pasadas dichas han de igualarse!

Te ruego que no te sobresales de mi tristeza, que es transitorio efecto de la soledad y las reflexiones del viaje. No temas que mi primera flaqueza vuelva; en tu mano, Julia mía, está mi corazón, y pues que tú le sustentas no se dejará abitar. Una de las consoladoras ideas, fruto de tu última carta, es que me hallo ahora con doble fuerza, y aun cuando hubiera el amor acabado con la mía, todavía hubiera ganado, porque el esfuerzo que de tí me viene mucho mejor me sustenta que hubiera yo podido sustentarme. Estor convencido de que no es bueno que este solo el hombre. Para adquirir todo su valor quieren las almas humanas estar apreadas, y la fuerza unida de los amigos, como la de las hojas de un imán artificial es mayor sin comparación que la suma de sus fuerzas particulares. Divina amistad, ese es tu triunfo. ¿Pero que es la amistad sola comparada con aquella perfecta union que con toda la amistad junta vinculos cien veces mas sagrados? donde están esos hombres groseros que los rebatos del amor con una calentura de los sentidos y un deseo de la naturaleza evilecida equivocan? Vengan, observen y sientan lo que en lo interior de

mi corazón está pasando; contemplen á un amante sin ventura, ausente de lo que ama, incierto de volverlo á ver, sin esperanza de recuperar su perdida felicidad; y no obstante animado con aquel fuego inmortar que en tus ojos bebí, y que han mantenido tus sublimes afectos; dispuesto á arrostrar la fortuna, á sufrir sus reveses, á verse privado de todo, y hacer de las virtudes que tú le has inspirado el digno arreo de la adorada imagen que nunca se borrará de su alma. Ah Julia, que hubiera sido yo sin tí! Acaso me habria alumbrado la fria razón, admirador tibio del bien le hubiera á lo menos amado en otro. Mas haré sabré practicarlo con celo, y penetrado de tus sabias lecciones, haré que los que nos hubieren conocido digan un día: ¡Oh que hombres fuéramos todos, si estuviese el mundo lleno de Julias, y de corazones que amarlas supiesen.

Meditando en el camino acerca de tu última carta me ha ocurrido formar una coleccion de todas las que me has escrito, ahora que no puedo pedirte consejos de palabra, aunque no hay una siquiera que de memoria no sepa, y bien de memoria, puedes creerme; gusto empero de repararlas sin cesar, aunque no sea mas que para rever los rasgos de esa mano querida, que puede sola hacer mi felicidad. Pero poco á poco se rompe el papel, y antes que se hayan rasgado las quiero copiar todas en mi libro blanco que para ello acabo de proposito de escoger. Es bastante voluminoso; pero pienso en el tiempo venidero, y espero no morir tan mozo que no haya mas que este tomo. Las noches las destino á esta dulcísima ocupacion, é iré despacio para que dure mas. En toda mi vida me dejará esta preciosa coleccion; será mi ejercicio cotidiano en el mundo donde voy á meterme, y la traca de las maximas que en él se respiran me consolará en mis penas, evitará ó enmendará mis yerros, me instruirá durante mi mocedad, me edificará en todos tiempos, y serán á mi ver las primeras cartas de amor que para este uso hayan servido.

En cuanto á la última, que actualmen-

te tengo á la vista, aunque tan bella me parezca, hallo un articulo que quitar: fallo muy extraño, y lo que es mas extraño, que este articulo es justamente el que de tí habla, y que me quejo de que hayas siquiera pensado en escribirle. ¿Que me hablas de fe, ni de constancia? en otro tiempo conocías mejor mi amor y tu poder. Ah, Julia! ¿inspiras tú un afecto perecedero? y cuando nada te hubiera prometido, podria cesar nunca de ser tuyo? No, no; desde la primera mirada de tus ojos, desde la primera palabra de tu boca, desde el primer rebato de mi corazón, se encendió en mí la llama eterna, que nada puede apagar. Aunque no te hubiera visto mas que aquel primer instante, todo estaba acabado, y era muy tarde para que jamas te pudiese olvidar. ¿Y te olvidaria ahora! ahora que, embriagado con mi pasada dicha, su memoria sola basta para restituirmela! ahora que con el peso de tus atractivos oprimido, solo ellos aliento! ahora que ha desaparecido mi primera alma, y la que tú me has dado me anima! ahora, Julia, que me enojo conmigo propio por espresar tan mal lo que siento! Ah! deja que intenten seducirme todas las bellezas del universo: ¿hay otra para mis ojos que la tuya? Conspire todo á sacarla de mi pecho, traspasenle, despedacénle, rompan este espejo fiel de Julia, que no cesara de lucir hasta en el postrer fragmento su pura imagen, y nada será capaz de destruirla. No, el supremo poder mismo no pudiera alcanzar á tanto: puede si antequitar mi alma, mas no hacer que exista y deje de adorarte.

Milord Eduardo se ha encargado de darte cuenta, cuando por ahí pase, de lo que á mí toca, y de sus proyectos en favor mio; pero me temo que no cumpla bien esta promesa con respecto á las disposiciones que acaba de tomar. Sabe que se atreve á abusar del derecho que en mí le han grangeado sus beneficios para llevarlos á mas de lo que permite el bien parecer. Con una pension, que por fuerza se habia empeñado en que fuese irrevocable, me ha puesto en estado de hacer figura muy superior

á mi nacimiento; y esto será acaso lo que me verá obligado á hacer en Londres para seguir sus planes. Aquí, donde no tengo asunto ninguno seguiré viviendo á mi modo, y no caeré en la tentación de espender en vanos gustos el escudante de mi renta. De tí lo he aprendido, mi Julia, las primeras necesidades, ó á lo menos las mas sensibles son las de un pecho benéfico; y mientras que alguien está privado de lo necesario, ¿que hombre de bien gasta lo superfluo?

CARTA XIV.

A JULIA (1).

CON secreto horror entro en este vasto desierto del mundo; caos que solo me presenta una hermosa soledad donde reina un mustio silencio. Mi alma en prensa anhela á dilatarse en él, y por todas partes se encuentra comprimida. Nunca estoy menos solo que cuando estoy solo, decia un antiguo; yo nunca estoy solo sino en el tropel de gente, donde ni tuyo ni de los demas puedo ser. Quisiera hablar mi corazón, y conoce que nadie le escucha; quisiera responder, y nada le dicen que hasta él pueda llegar. Ni entiendo la lengua del pais, ni nadie entiende aquí la mia.

No quiere decir esto que no me hagan mucho agasajo, muchos cariños y mucho obsequio, y que no parezca que vienen á recibirme mil oficiosas atenciones; pero de esto mismo es de lo que me quejo. ¿Como es posible ser amigo de uno que nunca hemos visto? El virtuoso interes de la humanidad, la sencilla y

afectuosa dilatacion de una alma ingenua, tienen muy distinto estilo de las falaces demostraciones de la cortesía y las engañosas esterioridades que exige el trato de gentes. Mucho me temo que el que desde la primera vista me trata como un amigo de veinte años, me tratará al cabo de veinte años, como á un desconocido, si tuviera que pedirle algun importante servicio; y cuando ves que hombres tan disipados tan tiernamente por tantas gentes se interesan, luego presumo que no se interesan por nadie.

Hay no obstante alguna realidad en lo que dicen, porque el frances es naturalmente bueno, ingenuo, hospitalario y benéfico; pero tambien hay mil modos de hablar que no se han de tomar á la letra, mil ofertas aparentes que se hacen para que no sean admitidas, mil especies de lazos que á la buena fe rustica pone la cortesía. Nunca tanto he oido decir: cuente V. conmigo en cuanto se le ofrezca; disponga V. de mi valimiento, de mi bolsillo, de mi casa, de mi coche. Si todo esto fuera sincero al pie de la letra no habria pueblo menos adicto á la propiedad, casi estaria establecida la comunidad de bienes; ofreciendo sin cesar el mas rico y admitiendo el mas pobre, naturalmente se podria todo á un nivel, y no hubiera ni en Esparta habido mas igualdad de bienes que la que en Paris habria. En vez de eso este es acaso el pueblo del Orbe donde son mas desiguales las fortunas, y donde reinan á una la masuntuosa opulencia y la mas deplorable miseria. Con esto basta para compren-

(1) Sin anticipar el dictamen del lector y el de Julia acerca de estas relaciones, creo que puedo decir que si yo las tuviera que hacer, si no fueran mejores, á lo menos serian muy distintas. Muchas veces he estado tentado á quitarlas, y substituir otras hechas por mí; al fin las dejo, y me alabo de este esfuerzo. He pensado que un mozo de veinte y cuatro años que entra en el mundo no le puede ver como un hombre de cincuenta á quien la experiencia sobradamente ha enseñado á que le conozca. Tambien he dicho que sin haber representado muy gran papel, no estoy sin embargo en caso de poder hablar con imparcialidad. Dejemos estas cosas como ellas son, quedense los pensamientos comunes, quedense las observaciones triviales, que todo esto no es gran mal; pero al amante de la verdad le importa que hasta el fin de su vida sus pasiones no amancillen sus escritos.

der lo que significa la commiseracion aparente que parece que vuela al remedio de las ajenas necesidades, y la facil terneza de corazón que en un momento contrae amistades eternas.

Si en vez de estos sospechosos afectos, y esta engañosa confianza, quiero buscar instruccion y luces, aquí hallo su amable fuente, y se queda uno pasmado del saber y la razon que en las conversaciones encuentra; no solo de los sabios y literatos, sino de gente de todas clases y hasta de las mugeres; el tono de la conversacion es fluido y natural, no pesado ni frivolo, científico sin pedantería, alegre sin bulla, cortés sin afectación, galan sin insulsez, y chistoso sin equívocos; no son ni disertaciones, ni epigramas; se raciocina sin argüir, se chanean sin jugar con las palabras; se combinan la agudeza con la razon, las máximas con los donaires, la sátira aguda, la fisona artera y la austera moral. De todo se habla para que tenga cada uno algo que decir; no se profundizan las cuestiones por no fastidiar; se proponen como de paso, y se tratan con rapidez, la concision conduce á la elegancia; cada uno dice su dictamen y le apoya en pocas palabras; ninguno combate con calor el ageno, ninguno defiende con terquedad el suyo; ventilan para ilustrarse, y le detienen antes que empiece la disputa; cada uno se instruye, cada uno se divierte, todos se quedan satisfechos, y hasta el sabio puede sacar de estas conversaciones asuntos dignos de meditare en silencio.

Pero en la realidad, ¿que piensas que se aprende en tan amables conversaciones? ¿a juzgar sanamente de las cosas del mundo? ¿a hacer buen uso de la sociedad? ¿a conocer á lo menos los sujetos con quien uno vive? Nada de todo

eso, Julia mia; se aprende á defender con arte la causa de la mentira, á hacer á fuerza de filosofia que vacilen todos los principios de virtud, á dar con sutiles sofismas colorido á sus pasiones y sus preocupaciones, y á vestir el error de un traje á la moda, conforme á las máximas en el día reinantes. No es necesario conocer el caracter de los sujetos, basta con saber sus intereses, para adivinar con corta diferencia cuales han de ser sus opiniones sobre cualquier asunto. Cuando habla un hombre, su traje y no él es quien opina, y mudará la opinion sin rebozo tantas veces cuantas mude de estado. Désele alternativamente una peluca de gollilla, un traje de uniforme, y una ropa talar morada, y se le oirá sucesivamente predicar con el mismo celo, leyes, despotismo é inquisicion. Hay cierta razon comun para la gollilla, otra para los empleados del fisco, y otra para los militares; y cada una de ellas convence que son malas las otras dos, consecuencia que con facilidad de las tres pudiera sacarse (1). Así ninguno dice nunca lo que piensa, sino lo que le conviene que los demas piensen, y nunca es en ellos el celo aparente de la verdad otra cosa que el disfraz del interes.

Creeráse que las personas aisladas que viven independientes tienen á lo menos una razon propia suya: no por cierto, son máquinas que no piensan, y á las que por muelles se las obliga á pensar. No hay otra cosa que hacer que informarse de sus sociedades, sus tertulias, sus amigos, las mugeres que frecuentan, los autores que conocen; y con esto se puede sentar de antemano su futura opinion acerca de un libro que va á salir, y que no han leído; de la pieza que se va á representar y no han visto,

(1) Permitámosle este raciocinio á un Suizo que ve su pais muy bien gobernado sin que haya ninguna de estas tres profesiones. ¿Pues qué; puede subsistir el estado sin defensores? No; el estado necesita defensores, pero deben todos los ciudadanos ser soldados por obligacion, y ninguno de oficio. Entre los romanos y los griegos un mismo hombre era oficial en el campo y magistrado en la ciudad, y nunca estuvieron mejor desempeñadas ambas funciones que cuando no se conocian las extravagantes preocupaciones de las clases que las separan y las deshonran.

de tal ó tal autor que no conocen, de tal ó tal sistema de que no tienen idea ninguna; y como á una muestra regularmente se le da cuerda de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas, así van todas estas gentes cada noche á su sociedad á saber como han de pensar al otro día.

Hay pues un corto número de hombres y mugeres que piensan por todos los demas, y por quienes todos los demas hablan y obran; y como cada una se cura de su interés y nadie del bien comun, y los intereses privados siempre son opuestos unos á otros, resulta un choque perpetuo de enredos y chismes, un flujo y reflujó de preocupaciones y opiniones contrarias, en que animados por otros casi nunca saben los mas ardientes de que se trata. Cada tertulia tiene sus reglas, sus fallos y sus principios, que no se admiten en las otras. El hombre de bien en una casa es un bribon en la del vecino; lo bueno, lo malo, lo hermoso, lo feo, la verdad y la virtud, solo una existencia local y circunscrita tiene. Quien gusta de tratar gentes y frecuenta muchas sociedades, ha de ser mas flexible que Alcibiades, mudar de principios como de asambleas, modificar, por decirlo así, su entendimiento á cada paso, y varear en algun modo sus máximas; es menester que al entrar en una visita deje su alma á la puerta, si tiene una, y que se revista otra del color de la casa, como toma un lacayo la casaca de librea; que la deje al salir, y vuelva á coger, si quiere, la suya, hasta otro cambio.

Mas hay, y es que cada uno se contradice á sí propio á cada instante, sin que nadie se lo note. Hay unos principios para la conversacion y otros para la práctica, su oposicion á nadie escandaliza, y es convenio que no se parezcan en nada; no se exige de un autor, especialmente de un moralista que hable

(1) Este fallo, verdadero ó falso, solo á los subalternos se puede aplicar, y á los que no viven en Paris, porque todo lo mas ilustre que hay en el reino sirve, y hasta toda la corte es militar. Pero en cuanto á los molales que se contraen, hay mucha diferencia de hacer la campaña en tiempo de guerra, á pasar su vida en guarniciones.

como sus libros, ni menos que obre como habla; sus escritos, sus conversaciones y su conducta, son tres cosas enteramente distintas, que no está obligado á conciliar. En una palabra, todo es absurdo y nada repugna, porque están acostumbrados, y en esta inconsecuencia hay hasta cierta especie de tono de mundo de que se vanaglorian muchos. Efectivamente, aunque todos prediquen con celo las máximas de su profesion, todos hacen gala de los estilos de otra distinta; el togado afecta marcialidad, el asentista hace de gran señor, el obispo galantea, el cortesano habla de filosofía, el hombre de estado da en chistoso, y hasta el mero artesano, no pudiendo afectar otro estado que el suyo, se viste de negro los dias de fiesta para parecer un procurador. Solo los militares, que desdennan los demas estados, conservan los estilos del suyo, y son en candor inaguantables. No quiero decir que no tuviera razon el señor Marat en preferir su sociedad; pero lo que era cierto en su tiempo no lo es hoy. Los adelantamientos de la literatura han mejorado el estilo general; los militares son los únicos que no han querido mudar, y el suyo que antes era el mejor, es hoy el mas malo (1).

Así los hombres con quienes se habla no son aquellos con quienes se conversa, ni salen sus sentimientos del corazón, ni están sus luces en su inteligencia, ni sus palabras representan sus pensamientos; solo se distingue en ellos su figura, y está uno en una asamblea como delante de un cuadro movable, donde el unico que por sí propio se mueve es el espectador.

Esta es la idea que de la alta sociedad por la que en Paris he visto me he formado; idea que acaso es relativa á mi situacion particular y no al verdadero estado de cosas, y que sin duda se reformará con nuevas luces. Por otra

parte solo frecuento las sociedades donde me han introducido los amigos de mi lord Eduardo, y estoy convencido de que es menester bajar á otros estados para conocer las verdaderas costumbres de un pais, porque las de los ricos en casi todas las partes son unas mismas.

Mas adelantaré procurarme mas bien. Entre tanto mira si tengo razon en llamar esta muchedumbre un desierto, y de que me asuste una soledad donde solo encuentre la apariencia vana de sentimientos y verdad, que á cada instante varia de forma y se destruye á sí propia, y donde solo distingo duendes y fantasmas que se muestran un instante y desaparecen así que uno intenta agarrarlas. Hasta aqui solo mascarar he visto, ¿cuando veré rostros humanos?

CARTA XV.

DE JULIA.

Sí, amigo mio; unidos permaneceremos á despecho de la ausencia, y seremos felices aunque pese á la suerte. La union de los corazones es la que constituye la verdadera felicidad, que no conoce su atraccion la ley de las distancias, y los nuestros se tocarán en ambos extremos del mundo. Yo hallo, como tú, que tienen los amantes mil medios de suavizar el sentimiento de la ausencia, y acercarse en ciertos momentos, y aun á veces se ven con mas frecuencia que cuando todos los dias se veian; porque luego que está solo uno de los dos, al punto están ambos juntos. Si tú disfrutas este gusto todas las noches, yo le disfruto cien veces al dia; que vivo mas sola, estoy cercada de tus vestigios, y no puedo volver los ojos á los objetos que tengo inmediatos, sin verte en derredor de mí:

*Sentóse aqui, y allí cantó suave,
Volvióse aqui, alla detuvo el paso,
Aqui hirieron mi pecho sus miradas,
Aqui nó, allí dijo una palabra.*

¿Pero tú sabes pararte en esta sosegada situacion? sabes gozar un amor tierno y quieto que habla en el corazón sin agitar los sentidos? es hoy tu senti-

miento mas moderado que lo eran en otro tiempo tus deseos? El estilo de tu primera carta me hace estremecer; y temo esos engañosos rebatos tanto mas peligrosos cuanto no tiene limites la imaginacion que los escita, y me recelo que á fuerza de querer á tu Julia la agravies. Ah! tú no sabes, no, ni siente tu corazón poco fino cuanto se ofende el amor de un vano homenaje; no piensas que tu vida es mia, y que muchas veces corre á la muerte quien cree servir la naturaleza. Hombre sensual, no has de saber nunca amar? Acuerdate, acuerdate de aquel afecto tan sereno y tan suave que una vez sentiste, y que con tan tierno y atractivo estilo describiste. Si es el mas delicioso que ha paladeado el amor satisfecho, tambien es el unico permitido á los amantes ausentes, y quien pudo gustarle un instante no debe echar menos otro ninguno. Me acuerdo de las reflexiones que leyendo á tu Plutarco hacíamos acerca de un deleite depravado que agravia la naturaleza; cuando no tuvieran contra sí estos tristes placeres mas que el no ser reciprocos, bastaria, decimos, para que fueran insulsos y despreciables. Apliquemos la misma idea á los errores de una imaginacion sobrado activa, y no menos será adoptable. Desventurado! de que gozas cuando gozas solo? Esos gustos solitarios son gustos muertos. Oh amor! los tuyos son vivos que los anima la union de las almas, y el placer dado al objeto que se quiere da valor al que este nos restituye.

Dime por tu vida, querido amigo, en que lengua, ó mas antes en que gerigonza está escrita la relacion de tu última carta? será acaso el estilo conceptuoso? Si tienes animo de usarlo muchas veces conmigo, me puedes enviar su vocabulario. ¿Que quiere decir la opinion del traje de un hombre? que una alma, que se toma como una casaca de librea? y que máximas que es necesario varear? como quieres que entienda una pobre suiza estas sublimes figuras? En vez de revestirte, como los demas, de almas del color de las casaca, no va ya tu entendimiento tomando la tintura del

país? Cuenta, buen amigo mio, que me temo que no te caiga bien. ¿Te parece que los *trastait* del caballero Marini, de quien tanta burla haces, han llegado nunca à esas metáforas? Y si puede opinar el traje de un hombre en una carta; porque en un soneto no ha de sudar el fuego (1).

Observar en espacio de tres semanas todas las sociedades de una ciudad inmensa, señalar el caracter de las conversaciones que en ella se tienen, distinguir exactamente lo verdadero de lo falso, lo real de lo aparente, y lo que dicen de lo que piensan; eso les imputan à los franceses que hacen en los demas pueblos; pero no debe hacerlo un extranjero con ellos, porque bien merecen el trabajo que en estudiarlos desespacio se tome. Tampoco apruebo que diga uno mal del país donde vive y le tratan bien; mas quisiera que se dejara engañar de las apariencias, que no que moralizara à costa de sus huéspedes. Finalmente tengo por sospechoso à todo observador que da por agudo, y me temo que sin pensar en ello sacrifique la verdad de las cosas à lo airoso de los pensamientos, y que engalane las frases à costa de la justicia.

No ignoras, amigo mio, que la agudeza, como dice nuestro Muralt, es la mania de los franceses; veo que tienes cierta inclinacion à la misma mania, con la diferencia de que en ellos tiene gracia, y que de todos los pueblos del mundo el nuestro es à quien mas mal le sienta. En muchas de tus cartas hay afectacion y estudio; no hablo de aquella elocucion viva y espresiones animadas que la fuerza del afecto inspira; hablo de aquel afeite de estilo que no siendo natural à nadie ocurre sin estudio, y denota afectacion de superioridad en quien hace de él uso. Dios! afectacion de superioridad con lo que se quiere! no se debiera mas bien cederla al objeto amado, no ufana mas su merito cuanto mas ventajas al nuestro saca? No; si se animan las conversaciones indiferentes

con algunas agudezas que pasan como un relampago, entre dos amantes no tiene este estilo cabida, y dista mucho mas del sincero afecto la florida gerigonza del galanteo que el mas sencillo estilo que usarse pueda. A ti propio apelo, ¿tuvimos alguna vez lugar para decir agudezas en nuestras secretas conversaciones? y si las desvia y no las consiente el atractivo de una conversacion apasionada, como se pueden introducir en cartas, que siempre llevan algo de lo amargo de la ausencia, y donde habla con mas ternura el corazon? Aunque seria toda pasion violenta, y aunque aun el gozo excesivo mas bien saca llantos que escita à risa, no por esto quiero que sea siempre triste el amor; pero si quiero que sea sencilla su alegria, sin adornos, sin afeite, desnuda como él, en una palabra que le hermoseen sus propias gracias, y no cultos conceptos.

La inseparable, en cuyo aposento te escribo esta, afirma que se hallaba cuando la empecé en aquel estado de contento que inspira ó consiente el amor; pero no sé que se ha hecho. Al paso que escribia se apoderaba de mi alma cierto descaecimiento, que apenas me dejaba con fuerzas para escribirte las injurias que aquella mala ha querido enviarte porque quiero que sepas que la critica de tu critica mas es de ella que mia; todo el primer articulo con particularidad me le ha dictado riéndose como una loca, y sin permitir que mudara una letra, y dice que es para enseñarte à que faltes al respeto à Marini; de quien tú te burlas, y que protege ella.

¿Pero sabes lo que nos pone à ambas de tan buen humor? su inmediato casamiento: ayer se finió el contrato, y la boda se celebrará del lunes en ocho dias. Si amor jovial ha habido es ciertamente el suyo; y en la vida se ha visto muchacha que amores de tanta risa tenga; y el bueno del señor de Orbe que pierde la cabeza está lleno de satisfacion con pasion tan jovial. Menos mal contentadizo que tú en otro tiempo, se

(1) *Fuegos, sudar en preparar metales.* *Verso de un soneto del caballero Marini.*

que con gusto la chanza, y cree que es obra maestra del amor el arte de hacer reír à su dama. A ella es en balde predicarle, representarle el bien parecer, decirle que estando tan cerca del termino ha de tener un semblante mas serio, mas grave y sentir mas la mudanza de estado; todo eso lo trata de monadas necias, y sustenta en su propia cara al señor de Orbe que el día de la ceremonia gastará el mas alegre humor del mundo, y que nunca es sobrado el contento que se tiene el día de su boda. Pero la bribonzuela no lo cuenta todo; esta mañana la encontré con los ojos encarnados, y apuesto à que los llantos de la noche pagan la risa del día. Va à tejer nuevas coyundas que aliojarán los lazos de la amistad; va à entablar un método de vida distinto del que tanto le agradaba; estaba contenta y sosegada, y va à correr los riesgos à que está el mejor matrimonio espuesto; y aunque otra cosa dice; así como una agua limpia y sosegada empieza à enturbiarse cuando se acerca la tormenta, así no ve su casto y tímido corazon sin sobresalto la proxima mudanza de estado.

Amigo mio: ¿que venturosos son! se quieren, se van à casar; disfrutarán de su amor sin estorbos, sin temores, sin remordimiento. A Dios, à Dios; no puedo decirte mas.

P. D. Solo un instante hemos visto à mi lord Eduardo; tanta era la priesa que llevaba. Llenó mi corazon de lo que ambos le debemos, queria manifestarle mi gratitud y la tuya; pero he tenido cierto genero de vergüenza, y à la verdad à un hombre como él es agraviarle el darle gracias por nada.

CARTA XVI.

A JULIA.

¿QUE niños tornan à los hombres las pasiones impetuosas! que facilmente se alimenta con imaginaciones un amor desatinado! que facil es calmar los mas ardientes deseos con los mas frivolos objetos! He recibido tu carta con los mismos rebatos que me hubiera causado tu

presencia, y con el exceso de mi alegría era un vano papel lo que por tí suplía. Uno de los mas acerbos males de la ausencia, contra el cual nada puede la razon, es la duda acerca del actual estado de lo que se ama: su salud, su vida, su sosiego, su amor; todo huye de quien teme perderlo todo; no está uno más cierto de lo presente que de lo por venir, y sin cesar se realizan todos los azares posibles en el espíritu de un amante que los teme. Finalmente alienado, vivo; estás buena, me quieres, ó mas bien, diez días ha que era mas cierto todo esto: ¿quien me responderá de hoy? O ausencia, ó tormento, ó extravagante y fatal estado, en que solo puede uno gozar del instante pasado y en que el presente no existe todavía!

Cuando no me hubieras tú hablado de la inseparable, habria reconocido su malicia en la critica de mi relacion, y su rencor en la apologia del Marini; pero si me permite que haga la mia, no se quedará sin replica.

Primeramente, primita (porque à ella es à quien quiero responder), por lo que es del estilo he adoptado el del genero, procurando dar à V. à un mismo tiempo la idea y el ejemplo de las conversaciones à la moda, y siguiendo un precepto antiguo he escrito à V. poco mas ó menos como en ciertas sociedades hablan. Ademas de que lo que yo en el caballero Marini repruebo no es el uso de figuras, sino la eleccion de ellas. Como un poco de calor en la imaginacion haya son necesarias metáforas y espresiones figuradas para darse à entender.

¿Y efectivamente, no es capaz el mismo juicio de cien grados diferentes de fuerza? como se ha de determinar el grado que debe tener, sino por la forma que se le haya dado? Mis propias frases me hacen reír; confieso que hallo que son absurdas, gracias al cuidado que se ha tomado V. de presentarlas solas; pero déjelas donde las he puesto, y las hallará claras y aun energicas. Si esos ojos despiertos que tan bien sabe V. hacer hablar estuviesen separados uno de otro, y de la cara, ¿que piensa V., prima, que con todo su fuego dirian? Cosa

ninguna, à fe mia, ni aun al señor de Orbe.

¿Lo primero que à la observacion se ofrece en un país adonde uno llega no es acaso el estilo general de la sociedad? Pues bien, este tambien es el primero que yo he observado, y he hablado à V. de lo que en Paris dicen, y no de lo que hacen. Si he notado oposicion entre las conversaciones, el sentir y las acciones de la gente decente, es porque esta oposicion al primer instante salta à los ojos. Cuando veo à unos mismos hombres mudar de maximas segun la tertulia donde están; molinistas en una, jansenistas en otra, cortesanos viles en casa de un ministro, maldiciones del gobierno en casa de un malcontento; cuando veo à un personaje cargado de bordados de oro predicar contra el lujo, à un asenista contra los tributos, à un prelado contra el desahorro de costumbres; cuando oigo que habla de modestia una dama de la corte, de virtud un gran señor, de sencillez un autor, y de religion un abate; y que à nadie repugnan estos disparates: ¿no debo al punto colegir que igualmente poco se curan aqui de oír la verdad que de decirla, y que lejos de querer persuadir à los otros el que les habla, ni siquiera procura que piensen que cree el lo que les dice?

Pero basta de chanza con la prima. Dejo un estilo que es ageno de los tres, y espero que asi me verás adoptar el gusto de la sátira como el estilo conceptuoso. Ahora, Julia voy à responderte à ti; porque bien sé distinguir la critica que se chancea de las acusaciones serias.

No entiendo como habeis podido equivocaros ambas acerca de mi objeto. No son los franceses los que me he propuesto observar, porque si solo por sus diferencias se puede determinar el caracter de las naciones, ¿como yo que no conozco otra ninguna he de emprender la pintura de esta? Tampoco fuera tan torpe que escogiese la capital para sitio de mis observaciones. No ignoro que se diferencian menos entre si las capitales que las naciones; que en ellas se borran, y en mucha parte se confunden los ca-

racteres nacionales, tanto à causa del influjo comun de los palaciegos que todos se semejan, como por el efecto comun de una sociedad populosa y aprendada, que es casi el mismo en todos los hombres, y al fin puede mas que el caracter original.

Si quisiera estudiar à un pueblo fuera à observar à los moradores de las provincias remotas, que todavia conservan sus naturales inclinaciones. Visitaria de espacio y con cuidado muchas de estas provincias, las mas distantes unas de otras; todas las diferencias que entre ellas observara me darian la indole particular de cada una; y lo que fuese comun de todas, y no tuviesen los demas pueblos formaria la indole nacional, y lo que en todas partes se hallara perteneceria al hombre en general. Pero ni tengo tan vasto proyecto, ni la necesaria experiencia para ejecutarle: mi objeto es conocer al hombre, y mi metodo estudiarle en sus varias relaciones. Hasta aqui solo le he visto en sociedades reducidas, desparramado y casi aislado en la tierra. Ahora le voy à contemplar haciado en montones en los mismos sitios, y asi empezaré à apreciar los verdaderos afectos de la sociedad; porque si es constante que haga mejores à los hombres, mas deben valer cuanto mas numerosa la sociedad es, y ellos mas inmediatos estan; y por ejemplo serán muy mas puras las costumbres en Paris que en el Valais, y si fuere lo contrario sacaremos la consecuencia opuesta.

Convengo en que pudiera este metodo conducirme al conocimiento de los pueblos; pero por un camino tan largo y tan torcido, que acaso en toda mi vida no estaria en estado de fallar de uno de ellos. Es menester que empiece observandolo todo en el primero en que me hallo, que señale luego las diferencias à medida que corra los demas países, que compare con cada uno de ellos la Francia, asi como se describe el olivo por un sauce, à la palma por un pino, y que para juzgar el primer pueblo que hubiera observado haya acabado mis observaciones sobre los demas.

Tomate pues el trabajo, preciosa pe-

dicadora mia, de distinguir la observacion filosofica de la satira nacional. Los parisienes no son los que estudio, sino los moradores de una ciudad populosa, y no sé si no conviene lo que veo, igualmente que à Paris, à Londres y à Roma. No penden las reglas de la moral de los estilos de los pueblos; por eso, sean las que fueren las preocupaciones dominantes, sé muy bien lo que en si es malo; pero no sé si se ha de atribuir esto malo à los franceses ó al hombre; y si es fruto de la costumbre ó de la naturaleza. En todas partes ofende la imagen del vicio à los ojos imparciales, y no es mas vituperable quien le reprende en un país donde reina, aunque en él se halle, que quien desapruéba los efectos de la humanidad, aunque viva con los hombres. ¿No soy yo mismo ahora habitante de Paris? Acaso sin saberlo he contribuido ya con mi parte al desorden que noto; acaso una dilatada mansion en el corromperia hasta mi voluntad; acaso al cabo de un año no seria mas que un vecino de Paris, si para merecerle no conservara el alma de un hombre libre, y las costumbres de un ciudadano. Asi que, deja que te pinte sinirme à la mano objetos à que me avergonzara de parecerme, y que contemplando la imagen de la honra y la mentira, me anime el celo puro de la verdad.

Si estuvieran en mi mano mis ocupaciones y mi suerte, no dudes que supiera escoger otros asuntos para mis cartas, y bastante satisfeca estabas con las que de Meillerie y del Valais te escribia; pero, querida amiga, para que tenga yo fuerza para aguantar el tráfago del mundo donde me veo precisado à vivir, es menester que me consuele à lo menos con describirte, y que la idea de componer para ti mis relaciones me escite à buscar asuntos para ellas. De otro modo toparé con el desaliento à cada paso, y será necesario que lo abandone todo, si nada quieres tu ver conmigo. Piensa que para vivir de modo tan poco analogo con mis gustos, hago un esfuerzo que no es indigno de su causa, y para apreciar la carrera que à ti puede llevarme, permite que te hable alguna vez

de las maximas que es necesario conocer, y de los obstaculos que hay que vencer.

No obstante mi lentitud, y no obstante mis inevitables distracciones, estaba concluida mi coleccion, cuando llegó por dicha tu carta para alargarla; y me admira al verla tan reducida cuantas cosas en tan poco espacio me ha sabido decir tu corazon. No; sustento que no hay otra tan deliciosa lectura, aun para quien no te conozca, si tiene una alma que à las nuestras se parezca. ¿Pero como no te ha de conocer quien tus cartas leyere? como ha de adaptar tan atractivo estilo y tan tiernos afectos à otra figura que la tuya? No se ve à cada frase el dulce mirar de tus ojos? no se oye à cada palabra à tu hechicera voz? Qué otra que Julia jamas ha amado, pensado, hablado, obrado, escrito como ella? No lo extrañes si tus cartas que tan bien te pintan producen alguna vez en tu idolatra amante el mismo efecto que tu presencia. Repasandolas pierdo la razon: desvaria mi cabeza en continuo delirio; me consume un fuego devorador, se enciende y chispea mi sangre, y me hace dar saltos el furor: creo que te veo, que te toco, que te estrecho con mi seno. Objeto adorado, miña encantadora, fuente de delicias y contento, ¿como viendote no he de ver à las hurries formadas para los bienaventurados?... Ah! ven... Ya la siento... huye de mi, y solo una sombra abrazo. Verdad es, querida amiga, en demasia fuiste hermosa, en demasia tierna para mi flaco corazon, que ni tu hermosura, ni tus cariños puede olvidar; tus atractivos triunfan de la ausencia, en todas partes me persiguen, me hacen temible la soledad, y es el cumulo de mi desventura no atreverme à ocuparme siempre en tí.

Asi serán unidos no obstante los esorbos, ó mas bien ya lo están. ¡Dignos y amables esposos! ojala los colme el cielo de la dicha que su discreto y sosegado amor, la inocencia de sus costumbres y la honestidad de sus almas se merecen! ojala que les conceda aquella preciosa dicha de que tan avaro con los

corazones capaces de disfrutarla se muestra! Que felices, ay! serán, si les concede todo lo que á nosotros ha quitado! ¿Pero no sientes tú con todo alguna especie de consuelo en nuestros males? no sientes que no deja de tener su compensacion el exceso de nuestra desventura, y que si gozan contentos de que estamos privados, tambien nosotros disfrutamos otros que no pueden ellos conocer? Si, dulce amiga mia; no obstante la ausencia, las privaciones, los sustos; no obstante la desesperacion misma, esta pujanza con que dos corazones uno á otro se laizan tiene cierta secreta voluptuosidad que ignoran las almas sosegadas. Es uno de los milagros de amor hacer que haya gusto en padecer, y tuvieramos á la peor de las desdichas un estado de indiferencia y olvido que la conciencia intima de nuestras penas nos quitara. Lloremos nuestra suerte, ó Julia, pero no envidiamos la de nadie. Evaluandolo todo, acaso no hay existencia preferible á la nuestra, y asi como saca la Divinidad toda su felicidad de si misma, asi tambien los corazones que un celestial fuego inflama hallan en sus propios afectos una especie de contento puro y delicioso que ni de la fortuna ni de lo demas del universo pende.

CARTA XVII.

A JULIA.

Ya estoy en fin lanzado en el torrente. Acabada mi coleccion he empezado á cenar por convite, y á frecuentar los teatros. Todo el dia le paso en visitas, poniendo los ojos y los oidos en cuanto se me presenta, y como nada distingo que á ti se semeje me abstraigo en medio del bullicio, y converso en secreto contigo. No porque esta tempestuosa y estrepitosa vida no tenga tambien su especie de atractivos, ni porque no convida á los recientes llegados con ciertos gustos la portentosa multiplicidad de objetos; pero para disfrutarlos es necesario tener vacio el corazon y frivolo el entendimiento; parece que se vea el amor y la razon para que me repug-

nen, y como es todo una vana aparicion, y muda todo á cada instante, ni tengo lugar para que nada me mueva, ni para examinar nada.

Empiezo asi á ver las dificultades del estudio del mundo, y no sé siquiera donde se ha de colocar uno para conocerle bien. El filosofo está en estrema distante, y el hombre de mundo en estremo inmediato. El uno ve mucho para que pueda reflexionar bien, y el otro muy poco para que pueda juzgar del cuadro total. El filosofo contempla aparte cada objeto que se le presenta, y no pudiendo discernir las relaciones y conexiones que tiene con otros objetos que no alcanza á ver, nunca le ve en su lugar, y no descubre ni su causa, ni sus verdaderos efectos. El hombre de mundo, lo ve todo, y no tiene lugar para pensar en nada; la movilidad de los objetos no le permite mas que columbrarlos sin observarlos; se borran con rapidez unos á otros, y de todo solo le quedan confusas impresiones que se parecen al caos.

Tampoco es posible ver y meditar alternativamente; porque requiere el espectáculo una atencion incansante que interrumpe la reflexion. Uno que quisiera dividir por intervalos el tiempo entre la soledad y el mundo, siempre perturbado en su retiro, y siempre ageno del mundo, en parte ninguna estaria bien. No habria otro medio que partir la vida entera en dos grandes espacios: uno para ver, y otro para reflexionar; pero esto mismo es casi imposible, porque no es la razon un mueble que se toma y se deja cuando uno quiere, y no pensará en toda su vida quien ha podido vivir diez años sin pensar.

Tambien me parece que es delirio querer estudiar el mundo como mero espectador. El que solo observar pretende nada observa, porque siendo inutil en los asuntos, y en los placeres importuno, en ninguna parte se le admite. En tanto vemos obrar á los otros en cuanto somos nosotros mismos activos y en la escuela del mundo, como en el amor; es necesario empezar practicando lo que se quiere aprender.

¿Que partido tomaré yo, extranjero, que no puedo tener asunto ninguno en este pais, y que con sola la diferencia de religion no pudiera aspirar á nada? Me veo reducido á abajarme para instruirme, y no pudiendo nunca ser útil procuro ser divertido; Me ejercito, en cuanto es dable, á ser cortes sin falsia, complaciente sin bajeza, y á adoptar de tal modo lo bueno que en la sociedad hay, que me puedan aguantar en ella sin que adopte sus vicios. Todo sugeto ocioso que quiere ver el mundo, debe, á lo menos hasta cierto punto, adoptar sus modales; porque ¿que derecho tiene uno de ser admitido entre gentes á quienes no sabe agradar? Pero tambien cuando ha adquirido este arte, no le piden otra cosa, especialmente si es extranjero: puede dispensarse de tomar partido en los enredos, los chismes y las contiendas, si se porta honradamente con todos y cada uno, si no excluye ni prefiere ciertas mugeres; si guarda el secreto de cada sociedad en que le admiten; si en una casa no descubre las ridiculeces de otra; si evita las confianzas; si se niega á cuchicheos; si en todas partes conserva cierta dignidad: podrá ver á su sabor el mundo, conservar sus costumbres, su probidad, y hasta su ingenuidad, con tal que nazca esta de espíritu de libertad y no de partido. Esto es lo que yo he procurado hacer por dictamen de algunos sugetos ilustrados que entre los conocidos á quienes mi lord Eduardo me ha dirigido he escogido para guiarme por ellos. Asi han empezado á admitirme en sociedades menos numerosas y mas bien escogidas. Hasta ahora solo me habia ballado en convites de tabla, donde no hay otra señora que el ama de la casa, donde por poco que se les conozca son admitidos todos los ociosos de Paris, donde paga cada uno como alcanza con agudezas ó lisonjas su comida, y cuya confusa y ruidosa voceria en poco se diferencia de la de las mesas de una fonda.

Ahora estoy iniciado en mas secretos misterios, y asisto á cenas particulares, en que está cerrada la puerta á toda profano, y hay certeza de encontrarse

solo con sugetos que, si no son todos del gusto unos de otros, lo son á lo menos de los que convidan. Aqui las mugeres se disfrazan menos, y puede uno empezar á estudiarlas; aqui reinan con mas libertad expresiones mas agudas y mas satiricas; aqui en vez de noticias publicas, de promociones, de entierros, de matrimonios, de que por la mañana se ha hablado, se pasa con misterio revista de las anécdotas de Paris; se hace reseña de todos los sucesos secretos de la cronica escandalosa, se escarcece y se ridiculiza tanto lo bueno como lo malo; y pintando con arte y segun su interes personal los caracteres de los sugetos, pinta sin saberlo cada interlocutor mucho mejor todavia el suyo; aqui en presencia de los lacayos hace un resto de circunspeccion inventar cierto estilo ambigüo, bajo cuyo velo fingiendo hacer mas oscura la satira la hacen todavia mas acerba; aqui en una palabra se afila con arte el puñal con pretexto de hacer menos mal, pero de verdad para clavarle mas hondo.

No obstante, si se examinan estas conversaciones conforme á nuestras ideas, no tendríamos razon para calificarlas de satiricas; porque mas bien son burlonas que mordaces, y menos contra el vicio que contra las ridiculeces asentan sus tiros. Generalmente hablando tiene poca aceptación la satira en las ciudades populosas, donde lo que no es mas que malo es tan ordinario que no vale la pena que de ello se hable. ¿Que hay que vituperar donde no se estima la virtud? y de que se puede murmurar cuando nada parece mal? En Paris especialmente, donde solo por su aspecto visible se miran las cosas, siempre se recibe mal todo cuanto debiera excitar la colera ó la indignacion, como no venga puesto en letrillas ó epigramas. Las mugeres bonitas no gustan de enojarse, y por eso de nada se enojan; y como el delito nada de visible tiene, son los bribones tan honrados como todo el mundo. Pero hay de aquel que ofrece campo á la ridiculez! su caustica impresion es indeleble; no solo las buenas cos-

tumbres y la virtud despedaza, sino que afea hasta el vicio, y hace que sean calumniados los perversos. Pero volvamos á nuestras cenas.

Lo que mas me ha pasmado en estas sociedades intimas es ver á seis personas escogidas de proposito para conversar entre sí agradablemente, y entre las cuales reinan las mas veces conexiones secretas, que no pueden estar una hora las seis juntas, sin que traten de la mitad de Paris, como si nada tuviesen que decirse sus corazones, y no hubiese presente nadie que interesaras mereciese. ¿Te acuerdas, Julia mia, como sabiamos, cuando en tu casa ó en la de tu prima cenabamos, á despecho de la violencia y el misterio, hacer que recayese la conversacion en asuntos que tenían conexion con nosotros, y como cada reflexion afectuosa, cada sutil alusion penetraba en los corazones de entrambos con una mirada mas veloz que el relampago, ó con un suspiro mas que exhalado adivinado?

Si por acaso recae la conversacion en los convidados, es por lo comun en cierta gerigonza de sociedad, cuya clave es menester poseer para atenderla. Con esta cifra se dicen reciprocamente, y conforme al gusto reinante, mil insulsas chanzonetas, durante las cuales no es el menos necio quien menos luce, mientras que un tercero mal instruido se ve precisado á callar y á fastidiarse, ó á reirse de lo que no entendié. Fuera de las conversaciones á solas, que ni he tenido ni tendré nunca, esto es lo mas tierno y afectuoso que en las amistades de este pais se encuentran.

Si en mitad de todo esto un hombre de razon dice una espresion grave, ó propone una cuestion seria, al punto se fija la atencion de todos en este nuevo objeto: hombres y mugeres, viejos y mozos,

todos á porfia le contemplan bajo todos sus aspectos, y se pasma uno del juicio y la razon, que como á porfia salen de todas estas cabezas locas (1). No se ventilaria mejor un punto de moral en la sociedad de filosofos, que en la de una muger bonita de Paris; y aun serian las conclusiones menos severas, porque el filosofo que quiere obrar como habla pesa lo que dice; pero aquí que toda la moral es mera parladuria, puede uno ser austero sin consecuencia, y para abatir algo la jactancia filosofica se complacen en poner tan alto la virtud que ni el filosofo pueda alcanzar á ella. En cuanto á lo demas, hombres y mugeres, instruidos todos por la esperiencia del mundo, y mas por su propia conciencia, estan acordes en pensar de su especie lo peor que es posible, filosofando siempre tristemente, sobajando siempre por vanidad la naturaleza humana, indagando siempre en algun vicio la causa de todo el bien que se practica, y por su corazon juzgando siempre mal del corazon humano.

No obstante doctrinas que tanto envilecen, uno de los asuntos mas validos de estas gratas conversaciones son los afectos; pero por esta voz no hemos de entender una afectuosa dilatacion del pecho en el seno del amor ó la amistad, cosa que seria de una mortal insulseria; sino los afectos comentados en sutiles maximas generales, y reducidos á la quinta esencia de argucias metafísicas. Puedo afirmar que nunca en mi vida habia oido hablar tanto de afectos, ni comprendido menos lo que querian decir. Es increíble cuanto los acrisolan. Oh Julia: nuestros misticos corazones nunca supieron palabra de tan hermosas maximas; pero me temo mucho que entre las gentes de mundo suceda con los afectos lo que entre los pedantes con Homero, que con él fragran mil hermosturas imaginarias, porque no

(1) Pero con tal que un chiste inopinado no venga á acabar con esta gravedad, porque en tal caso cada uno dice el suyo, todos se rien al instante, y no queda medio de volver á un asunto serio. Me acuerdo de cierto lio de bollos que perturbó de un modo muy chistoso una comedia de perros; los actores se tiraron á los bollos, y se mostraron lo que eran. ¿Cuántas cosas son bollos para muchos hombres! Sabemos á quien ha querido pintar Fonticelle en la historia de los Tirintos.

distinguen las verdaderas. Todos sus afectos los gastan en argucias, y tanto en sus palabras se exhalan, que no les queda ninguno para la practica. Por dicha que los suplé el bien parecer, y porque es estilo se hacen casi las mismas cosas que por sensibilidad se harian, á lo menos mientras que solo cuestan formalidades, y alguna incomodidad transitoria á que uno se sujeta para que hablen bien de él; porque si los sacrificios llegan hasta incomodar por mucho tiempo ó costar muy caros, á Dios los afectos, el bien parecer no exige tanto. Fuera de esto no es posible figurarse hasta que punto está todo evaluado, medido, pesado, en lo que llaman buen porte; todo cuanto sale de la esfera de los afectos está sujeto á reglas, y todo es regla en Paris. Aunque estuviese este pueblo imitador lleno de originales, no seria posible saberlo; porque nadie se atreve á ser quien es; es menester hacer como hacen los demas es la primera maxima de la sabiduria del pais, y esto se hace, esto no se hace la decision soberana.

Esta regularidad aparente comunica á los estilos mas comunes la mas comica fisonomia del mundo hasta en las cosas mas serias; se sabe á punto fijo cuando se ha de enviar a preguntar por otro, cuando se ha de hacer uno poner en lista, esto es hacer una visita que no se hace, cuando se ha de hacer realmente, cuando es licito estar en casa, cuando no se debe estar aunque no se haya salido; que ofertas debe hacer el uno, y que ofertas debe no admitir el otro, que grado de sentimiento debe causar tal ó tal muerte (1), cuanto tiempo

debe uno llorar en su casa de campo, el dia que puede volver á consolarse á la ciudad, la hora y minuto en que permite la afliccion dar un baile ó ir al teatro. Todo el mundo hace unas mismas cosas en las mismas circunstancias; todo va por tiempos como los movimientos de un regimiento que hace el ejercicio; diria uno que eran muñecos de sombras chinescas clavados en la misma tabla ó atados al mismo hilo.

Ahora, como no es posible que todas estas gentes que hacen exactamente una misma cosa esperimenten exactamente las mismas impresiones, claro es que para conocerlas es preciso penetrarlas por otros medios, y claro que no es otra cosa toda esta gerigonza que un vano formulario que menos aprovecha para juzgar de las costumbres que de los estilos que en Paris reinan. Asi se aprenden las palabras que se dicen, pero no lo que puede servir para evaluarlas; lo mismo digo de la mayor parte de libros nuevos, y lo mismo digo de la escena, que desde Moliere acá mas es un sitio donde se recitan bonitas conversaciones, que la representacion de la vida civil. Tres teatros hay aquí: en dos de ellos se representan seres ideales, á saber en uno arlequines y pantalones (a), y en otros dioses, diablos, y magicos; en el tercero se representan aquellas inmortales piezas, cuya lectura tanto deleite nos causaba, y otras mas modernas, que de tiempo en tiempo salen á la escena. Muchas de ellas son trágicas, pero mueven poco, y se encuentran en ellas algunos afectos naturales, y alguna relacion verdadera con el corazon humano, no presentan instruc-

(1) Afligirse por la muerte de uno es afecto humano, y prueba de buena indole; pero no obligacion de virtud, aun cuando fuera el muerto nuestro propio padre. En tal caso el que no siente su corazon afligido no debe dar pruebas de afliccion esterna, porque mucho mas esencial es evitar la falsia que sujetarse al bien parecer.

(a) En el tiempo en que se escribió esta obra se representaban estas farsas trasladadas de Italia á Francia en el teatro que llamaban italiano. En las del Collé especialmente se encontraban mil sales y donaires con no poco conocimiento del corazon humano. Ahora en vez de estas piezas se cantan y representan operas comicas algo mas ineptas que las tonadillas de España, ó sepulcrales melodramas; porque con el tiempo todo prospera, todo va de bueno á mejor.

(Nota del Traductor.)

cion de ninguna especie acerca de las costumbres particulares del pueblo á quien divierten.

Entre los inventores de la tragedia estaba esta cimentada en la religion que bastaba para autorizarla, y ofrecia por otra parte á los Griegos un instructivo y grato espectáculo en las desgracias de sus enemigos los Persas, y en los delitos y locuras de los reyes de quienes se habia libertado este pueblo. Representese en Berna, Zurich ó en la Haya la antigua tiranía de la casa de Austria; y hará el amor de la patria y de la libertad que nos interesen estas piezas; pero díganme para que sirven aquí las tragedias de Corneille, ni que importa Pompeyo ó Sertorio al pueblo de Paris. Las tragedias griegas se versaban sobre sucesos verdaderos, ó que tenían por tales los espectadores por estar fundados en tradiciones historicas: ¿pero que importa al alma de los grandes una llama heroica y pura? no diríamos que les dan muchas malas noches los combates del amor y la virtud, y que tiene el corazón mucha parte en los casamientos de los reyes? Contempla cual será la verisimilitud y la utilidad de tantas piezas fundadas en tan imaginarios motivos.

Por lo que á la comedia respecta, cierto es que debe representar al natural las costumbres del pueblo para quien está hecha, á fin de que se enmiende de sus vicios y defectos como delante de un espejo se quitan las manchas de la cara. Terencio y Plauto se equivocaron en su objeto; pero antes de ellos Aristofanes y Menandro habian presentado á los Atenieses las costumbres de Atenas; y despues Moliere solo ha pintado con mas verdad todavía las de los franceses del último siglo á sus propios ojos. El modelo ha variado, pero no ha venido otro pintor; ahora copian en el teatro las conversaciones de un centenar de casas de Paris, y fuera de eso, no instruye de nada de las costumbres de los franceses. En esta vasta ciudad hay quinientas ó seiscientas mil almas, de quienes ni siquiera se hace mención en la escena. Moliere se atrevió á pintar vecinos honrados y artesanos no menos que mar-

queses; Socrates hacia hablar á cocheros, carpinteros, zapateros y albañiles; pero los autores del día que son sujetos de otra categoría tendrían á menos valer el saber lo que en la tienda de un mercader, ó en el obrador de un artesano sucede; necesitan interlocutores ilustres, y en la alta gerarquía de sus personajes buscan la elevación que á su ingenio les falta. Hasta los espectadores se han hecho tan escrupulosos, que temerian comprometerse en la comedia como en visita, y se desdeñarían de ir á ver representados sujetos de mas baja condicion que ellos. Se tienen por los únicos moradores de la tierra, y á sus ojos todos los demas son nada. Tener coche, portero y mayordomo es ser como todo el mundo, y para ser como todo el mundo es menester ser como pocas personas; los que andan á pie no son del mundo; son vecinos llanos, gentes de la plebe, personas del otro mundo, y dirían que un coche no tanto es necesario para andar por la calle, como para existir. Así hay un puñado de insolentes que se cuentan por los únicos del mundo; y que no merecerían la pena de ser contados, si no fuera por el mal que hacen. Para estos esclusivamente son los teatros; se muestran á una como representados en medio de la escena, y como representantes á los lados; son personajes en el tablado, y comediantes en los palcos. Así se estrecha la esfera del mundo y de los actores; así no sale la escena moderna de su fastidiosa dignidad, ni se saben sacar á ella á los hombres como no sea con traje dorado. Diría uno que solo de condes y caballeros está poblada la Francia, y cuanto mas miserable y hambriento es el pueblo, mas brillante y magnífica es su pintura. De aquí resulta que pintando las ridiculeces de los estados que son la pauta de los demas, se dilatan en vez de estinguirse, y que siempre simio é imitador de los ricos, menos acude al teatro para reírse de las extravagancias de estos que para estudiarlas, y ser mas loco que ellos imitandolas. De esto fué causa el mismo Moliere que corrigió á los palaciegos iniciando la

capital, y fueron sus marqueses ridiculos el primer dechado de los petimetres del vecindario que á ellos se siguieron.

Generalmente hablando hay muchas palabras y poca acción en la escena francesa; y acaso consiste en que efectivamente el frances habla mas que obra; ó á lo menos que aprecia mucho mas lo que se dice que lo que se hace. Decía uno que salia de una pieza de Dionisio el tirano: *nada he visto, pero he oido muchas palabras*. Esto mismo se puede decir al salir de las piezas francesas; los mismos Racine y Corneille con todo su ingenio no son mas que unos parleros; y su sucesor es el primero que á ejemplo de los ingleses se ha atrevido á poner alguna vez la escena en representación. Por lo comun todo sucede en hermosos coloquios bien cadentes, bien sonoros, donde es lo primero que se ocha de ver que lo que quiere siempre cada interlocutor es lucir. Casi todo se espresa en maximas generales; por agitados que esten, siempre piensan mas en el publico que en ellos propios; menos les cuesta una sentencia que un afecto, y exceptuando las piezas de Racine y Moliere (1) el yo casi con tanto rigor está desterrado de la escena francesa como de los escritos de PuertoReal; y no menos modestas que la humildad cristiana, las pasiones humanas siempre hablan en impersonal. Tambien hay cierta dignidad convencional que nunca permite á la pasión que hable exactamente en su idioma, ni que el actor se revista de su personaje y le traiga al lugar de la escena, sino que le retiene sin cesar encadenado en el teatro, y ante los ojos de los espectadores. De modo que nunca las mas vio-

lentas situaciones hacen que se olvide de una hermosa colocacion de frase, ni posturas elegantes; y si la desesparacion le mete un puñal en el corazón, no contento con observar la decencia al caer, como Polixena, no cae; la decencia le mantiene en pie despues de muerto, y todos los que acaban de espirar se vuelven por sus pies pasado un instante.

Todo esto proviene de que no se cura el frances de que haya en la escena ilusion y naturalidad, y solo quiere agudeza y pensamientos; hace caso de la gracia y no de la imitacion, y no se le da nada de que no haya seduccion con tal que le diviertan. Nadie va al teatro por gozar del teatro, sino por ver la asamblea, porque le vean, y por tener de que charlar despues de la pieza; ni piensan en lo que ven mas que para saber lo que han de decir. Para ellos el actor siempre es actor, y nunca el personaje que se presenta; ese hombre que habla como arbitro del orbe no es Augusto, que es Baron; la viuda de Pompeyo Adriana, Alcira, la Gaussin, y ese soberbio salvaje, Grandval (2). Los comediantes por su parte descuidan totalmente la ilusion de que ven que nadie hace caso; colocan á los heroes de la antigüedad entre seis filas de mozaletes de Paris, adaptan las modas francesas al traje romano; y sale Cornelia llorando con dos dedos de colorete, Caton con polvos y peluca y Bruto con tontillo. A nadie repugna todo esto, ni impide la aceptación de las piezas (3); como solo al actor ven en el personaje, tampoco ven mas que al autor en el drama, y si el traje no es exacto lo disculpan con facilidad, porque al cabo

(1) No se ha de citar en esta parte Moliere con Racine; aquel está, como todos los demas, atestado de maximas y sentencias, especialmente en sus comedias en verso, mientras que en Racine todo es afecto; ha sabido hacer que cada uno hablara por sí propio, y en esta parte es verdaderamente el unico de los autores dramaticos de su nacion.

(2) Baron, Grandval, la Gaussin, etc. eran comicos y comicas del teatro frances, coetaneos del tiempo en que se suponen escritas estas cartas.

(3) Actualmente está despejado de espectadores el teatro, y se visten con mas exactitud los actores. Que ha grangeado la ilusion teatral? poco ó nada. La forma de nuestros teatros modernos se oponen esencialmente á ella; Te-

sabemos que Corneille no era sastre, ni Crebillon peluquero.

De suerte que de cualquier modo que se consideren las cosas, solo se halla aquí parladeria, gerigonza, y palabras sin consecuencia. Lo mismo en la escena que en el mundo es en balde escuchar lo que se dice, nada de lo que se hace se aprende. ¿Y que necesidad hay de saberlo? cuando ha hablado uno se informa nadie de su conducta? no ha concluido lo que tenia que hacer? no está ya juzgado? Aquí el hombre de bien no es quien hace buenas acciones, sino el que dice hermosas cosas, y una sola espresion imprudente dicha sin reflexion puede hacer un perjuicio irreparable à aquel que la ha soldado, y tal que no le borrarían cuarenta años de integridad. En una palabra, aunque las obras de los hombres se parezcan poco à sus palabras, veo que por estas y no por aquellas los califican; tambien veo que en una ciudad populosa parece la sociedad mas suave, mas facil y mas segura que entre gentes que son menos cultas: ¿pero son realmente los hombres mas humanos, mas moderados y mas justos? no lo sé. Todo esto no es mas que apariencia, y bajo esterioridades tan ingenuas y agradables, acaso son los corazones mas reconditos, mas impenetrables que los nuestros. Estrañero, aislado, sin asuntos, sin conexiones, ni distracciones, y no queriendo decidir sino por mi propio, ¿como he de poder fallar?

Empiezo no obstante à conocer la embriaguez en que sume esta tumultuosa y agitada vida à los que à ella no están acostumbrados, y voy cayendo en un atolondramiento semejante al de un hombre delante de cuya vista pasa rapidamente un muchedumbre de objetos. No fija mi corazón ninguno de los que veo, pero todos juntos perturban y suspenden sus

afectos hasta tal punto, que en ciertos momentos olvido lo que soy y de quien soy. Cada día al salir de mi casa encierro mis afectos debajo de llave, para vestirme de otros que à los frivolos objetos que me aguardan se adaptan. Poco à poco juzgo y ratiocino como otro juzgar y ratiocinar à todo el mundo. Si pruebo alguna vez à sacudirme de las preocupaciones, y à ver las cosas como ellas son, al instante me acometen con una parladeria que lleva visos de ratiocinio, y me prueban hasta la evidencia que solo el semi-filosofo atiende à la realidad de las cosas, que el verdadero sabio solamente las estudia por las apariencias, que debe seguir como principios las preocupaciones, y como ley el bien parecer, y que la sabiduria mas sublime consiste en vivir como los demás.

Precisado así à variar el orden de mis afectos morales, precisado à dar valor à cosas imaginarias, y à poner silencio à la naturaleza y à la razon, veo de esta suerte desfigurarse el modelo divino que en mi interior llevo, y que à la par era objeto de mis deseos y pauta de mis acciones; fluctuo de antojo en antojo, y esclavizados sin cesar mis gustos à la opinion, no puedo ni siquiera un dia estar cierto de lo que he de querer el dia siguiente.

Confuso, afrentado, consternado, al sentir que se degrada en mi la naturaleza humana, y al verme repleido à tan inferior grado de aquella interior grandeza à que nuestros inflamados corazones reciprocamente se enaltecian, vuelvo por la noche penetrado de una tristeza secreta, abrumado de una mortal repugnancia, hinchado y vacio el corazón, como una pelota llena de aire. ¡O amor! ó afectos puros que de él son hijos!... con que encanto vuelvo à entrar en mi propio! con que rebatos hallo de

seo, Aquiles, Hector tienen en nuestra imaginacion formas colosales, y en las tablas à dos varas de nosotros parecen enanos. Producir la ilusion teatral no menos es problema de arquitectura que de declamacion y poesia; pero para resolverle la construccion de los teatros modernos deberia no estar limitada à los mezquinos planes y mas mezquinos fines que arquitectos y empresarios se proponen.

(Notas del Traductor.)

nuevo mis primeros afectos y mi dignidad primera! cuanto me gozo en volver à ver brillante con todo su esplendor la imagen de la virtud, en contemplar la tuya, ó Julia, sentada en un trono de gloria, y de un soplo disipando todos estos prestigios! Siento que alienta mi alma oprimida, creo que he recuperado mi existencia y mi vida, y respiro de nuevo con mi amor todos los sublimes afectos que de su objeto le hacen digno.

CARTA XVIII.

DE JULIA.

ACABO de gozar, mi buen amigo, de uno de los mas gratos espectáculos que pueden cautivar los ojos: la mas juiciosa y la mas amable niña es al fin la mas digna y la mejor de las casadas. El hombre de bien cuyos deseos ha satisfecho, lleno de estimacion y amor, solo para quererla, adorarla y hacerla feliz alienta; y yo disfruto de la inefable delicia de ser testigo de la felicidad de mi amiga; esto es, de participar de ella. No menos sensible serás tú, bien cierta estoy de ello, tú à quien siempre con tanta ternera quisó, tú à quien Clara casi desde niña amaba, y que por tantos beneficios suyos debes entrañablemente amarla. Si: nuestros corazones sienten como el suyo todos los afectos que experimenta. Si para ella son gustos para nosotros son consuelos, que es tal el valor de la amistad que nos estrecha, que basta la felicidad de uno de los tres para suavizar las penas de los otros dos.

No obstante, no nos disimulemos que vamos à perder en parte à esta incomparable amiga: ya se halla en un nuevo orden de cosas, ya está sujeta à nuevos empeños, à nuevas obligaciones, y su corazón que solo nuestro era se debe ahora à otros afectos, à que tendrá la amistad que ceder la preferencia. Mas hay, amigo mio: por nuestra parte debemos ser mas escrupulosos acerca de los testimonios de su celo; no solamente debemos consultar el cariño que nos tiene y lo que la necesitamos, mas tambien lo que à su nuevo estado conviene,

y lo que puede agrandar ó disgustar à su marido. No necesitamos indagar lo que en tal caso exigiria la virtud; bastan las meras leyes de la amistad. ¿Mereceria tener amigos quien por su interés privado pudiera comprometerlos? Cuando estaba soltera era libre, solo à sí propia tenia que dar cuenta de sus acciones, y bastaba con la honradez de su intencion para justificarse à sus propios ojos. Nos miraba como à dos esposos destinados uno para otro; y reuniendo en su puro y sensible corazón el pudor mas casto respecto de ella misma con la mas tierna compasion de su culpada amiga, encubria mi yerro sin ser en el cómplice. Pero ahora todo ha variado: debe dar à otro cuenta de su conducta; no solo ha empeñado su fe, mas tambien ha enagenado su libertad. Depositaria de mancomun del honor de dos personas, no basta que sea honesta, sino que es necesario que la honren, no basta con que obre bien, tambien es necesario que no haga nada que alguien desapruebe. No solamente debe una muger virtuosa merecer la estimacion de su marido, sino que tambien ha de agradecerla; si él no la estima es acreedora à vituperio, y aunque sea inocente es culpada así que da motivo à sospechas, porque las apariencias son parte esencial de sus obligaciones.

No veo con claridad si son convincentes todas estas razones, tú lo juzgarás; pero cierta conciencia última me avisa que no conviene que siga mi prima siendo mi confidente, ni que me lo diga ella antes que yo. Mis ratiocinios muchas veces me han desearriado, pero nunca los secretos movimientos que me los inspiran, y esto hace que mas de mi instinto que de mi razon me fie.

Por este principio he tomado ya un pretexto para pedirle tus cartas, que por temor de que las descubriesen me las guardaba ella en su casa; y me las ha devuelto con una opresion de corazón, que ha conocido el mio, y que me ha confirmado que habia yo hecho lo que debia. No nos hemos explicado, pero suplían por razones nuestras miradas; y sin decirnos nada sentiamos que poca

lleva razon, pero si que nunca el libro del señor de Crouzas escitará à hacer una buena accion, y que no hay cosa buena que no tenga deseos de haecer quien acaba de leer à Popé. Yo por mi no tengo otro modo de juzgar de mis lecturas que sondear la disposicion en que ponen à mi alma, y apenas imagino en que pueda ser bueno un libro que no escita à sus lectores à la practica del bien (r).

A Dios, mi siempre amado amigo; no quisiera concluir tan presto, pero me están esperando y me llaman. Siento dejarte, porque estoy alegre y gusto de participar contigo mis contentos; lo que los anima y los dobla es que se halla mejor mi madre de algunos dias à esta parte, y se ha sentido con bastante fuerza para asistir à la boda, y servir de madre à su sobrina, ó por mejor decir à su segunda hija. La pobre Clara ha llorado de gozo; piensa que haria yo, que tan poco merezco conservarla; y siempre estoy temiendome perderla. En verdad que con tanta gracia ha presidido à la fiesta como cuando estaba en eabal salud, y un resto de debilidad hacia todavia mas amable su ingenua urbanidad. No; nunca ha sido tan buena, tan encantadora, tan digna de ser adorada esta incomparable madre. ¿Sabes que ha preguntado varias veces noticias tuyas al señor de Orbe? Aunque no me hable de tí, no ignoro que te quiere, y que si fuera escuchada, lo primero que haria fuera tu dicha y la mia. Ah! si sabe ser sensible tu corazon, ¿que necesidad de serlo tiene, y cuantas deudas ha de pagar!

CARTA XIX.

A JULIA.

TEN, Julia mia, riñeme, gritame, pegame, que todo lo aguantaré; pero no por eso dejaré de seguir diciendote lo que pienso. ¿Quien será el depositario de mis pensamientos, sino tú que los iluminas? con quien se esplayará mi

corazon, si te niegas tú à darle oido? Cuando de mis observaciones y mis fallos te doy cuenta es para que los enmiendes, y no para que los apruebes, y cuantos mas errores puedo cometer, mas debo acelerarme à hacertelos saber. Si vitupero los abusos que en esta ciudad se me presentan, no me disculparé con que te hablo en confianza; porque nunca digo de un tercero lo que no estoy dispuesto à decirle en su cara, y en todo cuanto de los parisienses te escribo no hago mas que repetirte lo que todos los dias les digo à ellos mismos, sin que por eso se enfaden, y al contrario convienen conmigo en muchas cosas. Se quejaban de nuestro Muralt, asi lo creo; hasta en los elogios que les da se ve cuanto los aborrece, y ó yo me engaño mucho, ó en mi critica se descubre todo lo contrario. La estimacion y la gratitud que me inspiran sus bondades no hacen otra cosa que aumentar mi ingenuidad, que puede ser útil à algunos; y por el modo con que sufren todos la verdad en mi boca me atrevo à creer que somos dignos de oirla ellos, y yo de decirla. En esto, Julia, es mas honrosa la verdad que critica que la verdad que elogia; porque el loor solo para estragar à los que le reciben sirve, y los mas indignos siempre son los que mas le codician, pero la censura es útil, y solo el merito sabe aguantarla. Te lo digo con todo mi corazon, que honro al frances como al unico pueblo que ama de veras à los hombres, y que es benefico por caracter; pero por eso mismo estoy menos dispuesto à otorgarle la general admiracion à que aspira, aun por los defectos que confiesa. Si no tuvieran los franceses virtudes nada dijera de ellos, si no tuvieran vicios no fueran hombres; pero tienen sobradas prendas loables para que los alabemos por todo.

En cuanto à las tentativas de que me hablas son impracticables; porque fuera necesario para hacerlas valerse de medios que no me convienen, y que tú propia me has vedado. No es de estilo

(r) Si aprobaré el lector esta regla, y por ella juzgare de esta coleccion no apelará el editor de su fallo.

CARTA XX.

DE JULIA.

en este pais la austeridad republicana, es menester virtudes mas flexibles y que mas bien se sepan adaptar à los intereses de los amigos ó protectores. Convengo en que es honrado el merito; pero los talentos que se grangean aqui la reputacion no son los que conducen à la fortuna, y aun cuando tuviera la desgracia de poseerlos estos ¿se decidiria Julia à ser muger de un hombre de fortuna? En Inglaterra es diferente, y aunque acaso sean todavia peores las costumbres que en Francia, no estorba eso que se pueda adelantar por camino mas honroso; porque como tiene el pueblo parte en el gobierno, es la publica estimacion medio eficaz de credito. No ignoras que el proyecto de milord Eduardo es valerse de este medio en mi favor, y el mio justificar su celo. Para mi el paraje de la tierra en que mas distante de tí estoy es aquel en que nada puedo hacer para que nos acerquemos. O Julia, si es dificultoso alcanzar tu mano, mucho mas lo es merecerla; y esta noble empresa es la que me ha encomendado el amor.

Me libras de una pena muy cruel dandome buenas nuevas de tu madre, te veia tan asustada antes de mi partida, que no me atrevi à decirte lo que pensaba, pero la encontraba flaca, mudada, y me recibia alguna peligrosa enfermedad. Conservamela, porque la quiero, porque la honra mi corazon, porque serán sus bondades mi única esperanza, y sobre todo porque es madre de mi Julia.

Te diré sobre los dos novios, que no me gusta este vocablo, ni en chanzas; por lo demas el estilo con que de ellos me hablas me quita todo recelo, y no aborrezco à esos desventurados, pues que crees tú que los aborreces. Pero me admira tu sencillez en pensar que conoces el odio; ¿no ves que le equivocas con el honor despechado? Asi murmura la candida paloma cuando à su amada persiguen. Anda, Julia, niña incomparable; cuando puedas tú aborrecer alguna cosa, podré yo dejar de amarte.

P. D. ¿Cuanto te compadezco por verte cercada de esos dos impertinentes! Por tu amor date prisa à despedirlos.

CARTA XXI.

A JULIA.

AMIGO mio: al señor de Orbe he entregado un lio que se ha encargado de enviarte bajo sobre del señor Silvestre, en cuya casa le encontrarás; pero te advierto que para abrirle has de aguardar à que estés solo y en tu cuarto; en este lio hallarás una alhajita para tu uso. Es una especie de relicario que gustan llevar consigo los amantes. El modo de servirse de él es muy raro: es menester contemplarle todas las mañanas un cuarto de hora con cierta ternura, se aplica luego à los ojos, à la boca y al corazon, y sirve, dicen, de preservativo por todo el dia contra los aires malos del pais del galanteo. Tambien atribuyen à los relicarios de esta especie otra virtud eléctrica muy singular, y es que comunican al uno las impresiones de los besos del otro à mas de cien leguas de distancia. No afirmo que salga bien la esperiencia, pero estará en tu mano el hacerla.

Sosiegate acerca de mis dos galanes, ó pretendientes, ó como quieras llamarlos, porque ya el nombre que les des nada importa: se han ido; vayan con Dios. Desde que no los veo, no los aborrezco.

CARTA XXI.

A JULIA.

PUES que tú lo exiges, Julia, menester será retratarte à estas amables parisienses. ¿Soberbia, faltaba este homenaje à tus atractivos! Con esos tus fingidos zelos, tu modestia y tu amor, mas variado que recelo veo que esconde tu curiosidad. Sea como fuere, diré la verdad, la puedo decir, y con mas satisfaccion la dijera si mas que alabar tuviese. ¿O si cien veces mas hermosas fueran! si suficientes gracias poseyeran para tributar nuevo honor à las tuyas!

¿Te quejabas de mi silencio! Dios mio! que te habia de decir? Cuando esta carta leas verás porque gustaba de hablarte de tus vecinas las valaisanas, y porque no te he hablado de las mugeres de este pais. Las unas sin cesar se traian à mi memo-